

PRESENTACIÓN

LITERATURA MEXICANA DEL SIGLO XIX: DE LA EMANCIPACIÓN LITERARIA AL DESENCANTO PRECIOSISTA



Gerardo Francisco Bobadilla Encinas
Universidad de Sonora
Orcid: 0000-0001-9434-6528

Si bien los historiadores de la cultura literaria consideran que los orígenes de la literatura mexicana se encuentran en la épica natural que debió originar la guerra de independencia entre 1810 y 1821, al mismo tiempo y contradictoriamente ellos señalan que dicha tradición se perdió para la posteridad debido a la convulsa vida del país durante sus cinco primeras décadas de existencia. Al menos así lo afirmaba en 1885 Ignacio Manuel Altamirano, el llamado Padre de la literatura mexicana, en su prólogo al *Romancero nacional*, de Guillermo Prieto, en un señalamiento que ha permanecido incuestionado —e inexplorado— por la historiografía literaria posterior, mismo que abriría fructíferas vetas de trabajo asociadas a la literatura oral popular que sólo unas cuantas instituciones como El Colegio de México o El Colegio de San Luis desarrollan actualmente en el entorno académico nacional.

Por ello suele considerarse que el surgimiento de la literatura mexicana fue un proceso cultural fundacional letrado, desarrollado a partir de junio de 1836, cuando en una de las aulas del antiguo Colegio de mestizos de San Juan de Letrán, un grupo de profesores y estudiantes decretaron la formación de la asociación literaria llamada la Academia de Letrán precisamente. Si bien durante los quince años previos, esto es, entre 1821 y 1836, diversos cenáculos e informativos de la época (como las tertulias de Francisco Ortega o del Conde de la Cortina; periódicos como *El Águila* o *El sol de México*) habían tratado de mantener y/o dar continuidad a la actividad literaria y cultural que, por los avata-



res de la guerra y la inestabilidad sociopolítica subsecuente, había mermado considerablemente, faltaba a esos esfuerzos la definición y sistematicidad de un proyecto que, integrándolos en un entramado formal e interpretativo específico, le otorgara representatividad y trascendencia a sus resultados poéticos. Ese fue el gran mérito, precisamente, de la Academia de Letrán, pues definió un sentido y función para la literatura en México: la de concientizar y buscar dar forma concreta a la emancipación de la literatura y la cultura mexicana de toda otra, de la española sobre todo (*vid.* Zorrilla, 1855; Prieto, 1906), para otorgarle sentido cultural a la independencia política alcanzada por el país en 1821. Para ello definió dos o tres grandes ejes temáticos, reescritura de la historia y redescubrimiento de las costumbres y del paisaje mexicanos, que encontraron en la novela histórica, en el cuadro biográfico, en el de costumbres y en las colecciones de monumentos y paisajes, su mejor resolución artística y los cuales buscó difundir a través de un estructurado y constante proyecto editorial que tenía por base la publicación ya de periódicos y revistas culturales y literarias semanales o quincenales, ya de anuarios que recogieran toda la producción del periodo: así surgieron, primero, *El Mosaico Mexicano* (1836-1837, 1840-1842), *El Recreo de las Familias* (1837-1838), *El Año Nuevo* (1837-1840), el *Calendario de las Señoritas Mexicanas* (1838-1842), el *Presente Amistoso* (1840-1842), posteriormente, *El Museo Mexicano* (1843-1846), *La Revista Científica y Literaria de México* (1845-1846), el *Álbum Mexicano* (1849), entre varias otras publicaciones que cubren el primer periodo del desarrollo de la literatura mexicana que abarcará desde 1836 hasta 1867 aproximadamente, ya concluidas la Guerra de Reforma (1868-1861) y la Intervención francesa (1863-1867) y el Segundo imperio (1864-1867).

Retomando las experiencias culturales y literarias previas — esto es, las de la Academia de Letrán (1836-1849) y del primer periodo del Liceo Hidalgo (1849-1867)—, el segundo periodo del desarrollo de la literatura mexicana decimonona comienza alrededor de 1867, de la mano del espíritu conciliador e integracionista de la República restaurada (1867-1876) que refrendó la emancipación política y cultural definitiva de México frente a Europa y que encaminó al país por los senderos contradictorios (por materialistas y deshumanizantes a la larga) de la modernidad burguesa, durante el último tercio de la centuria. Se institucionaliza entonces una concepción de la literatura como vía de acceso al reconocimiento de los valores idiosincrásicos y del

temperamento nacional, noción que, se dice, develó inicialmente la guerra contra los invasores franceses: esto fue particularmente importante, pues se trascendió la sola comprensión física de México y el mexicano desarrollado durante el periodo anterior, el que estuvo dominado por la Academia de Letrán, para advertir ahora sus características morales; al mismo tiempo, comienza a cobrar protagonismo la imperante realista de reconocer y superar las contradicciones y límites sociales, estableciéndose la novela como el género dominante. Así lo muestran, primero, obras como *Calvario y tabor* (1868), de Vicente Riva Palacio, *El cerro de las campanas* (1868), de Juan Antonio Mateos, *Clemencia* (1869), de Ignacio Manuel Altamirano; después *Ensalada de pollos* y *Los fuereños* (1883), de José Tomás de Cuéllar, *Nieves* (1887), de José López Portillo y Rojas, *La rumba* (1890-1891), de Ángel de Campo, *La calandria*, de Rafael Delgado, *Santa* (190), de Federico Gamboa.

En ese contexto finisecular contradictorio, de avances materiales y retrocesos humanísticos, también surgen las polémicas y divergencias que impulsan la dialéctica evolutiva siempre dinámica y tensa de la historia y la cultura. Entre agosto y septiembre de 1876, desde las páginas de *El Correo Germánico*, un jovencísimo Manuel Gutiérrez Nájera publicó el artículo “El arte y el materialismo”, texto definitorio con el cual se comienza a prefigurar el surgimiento de una nueva resolución ética y estética en México e Hispanoamérica, la del Modernismo precisamente. Entablando constantes y ácidos debates con los nacionalistas de la tercera generación romántica (con los discípulos de Altamirano como Panteleón Tovar o Victoriano Salado Álvarez) al criticarles su apego a lo que califica estrechos cartabones —reducción de lo literario sólo al cultivo de una temática nacional; desarrollo exclusivo de temas colectivos y morales, lo que indica cerrazón intelectual, etcétera—, también polemizando entre ellos (José Juan Tablada con Jesús Urueta o con Amado Nervo) acerca de los alcances y límites de su propio entramado de temas y perspectivas, el movimiento inicialmente autonombado “decadentista”, “modernista” a partir de 1898, se erige en México como la avanzada poética y narrativa que busca la renovación espiritual y estética del fin de siglo al señalar las grietas del sistema material y cultural modernos.

Dos comentarios a los señalamientos anteriores. Primero, llama la atención cómo la historia de la literatura y la academia mexicana e hispanoamericana institucionalizaron una concepción del Modernismo como una literatura escapista, evasiva,





torremarfilesca, que no reconocía ni se enfrentaba a los avances materialistas del mundo moderno que marginaba al arte en general, al artista en particular: así lo sugieren los planteamientos esteticistas de Max Henríquez Ureña en *Breve historia del Modernismo* (1954) o las interpretaciones sociológicas de Francoise Perus en *Literatura y sociedad en América Latina. El modernismo* (1976) entre varios otros, los que al caracterizar al movimiento dejan de lado sus especificidades nacionales, como en el caso mexicano lo muestran textos como “Los parias” (h. 1892-1901) e “Idilio” (1901), de Salvador Díaz Mirón, o ese culmen ético y estético del modernismo mexicano que es “Oremus” (1896), de Amado Nervo. En segundo lugar, es de destacar la capacidad de ósmosis de los escritores modernistas, quienes potenciando y llevando a los extremos los signos y conductas culturales del entorno capitalista burgués del siglo XIX, fueron capaces de realizar la contundente crítica (¿autocrítica?) al sistema: ¿qué otra cosa fueron los dandis y bohemios del porfirato positivista, su búsqueda de un nuevo entorno y perspectiva a partir del impresionismo de los paraísos artificiales, si no preconizadores vivientes de los excesos materialistas e individualistas del sistema que se afincaba en el mundo y en México? Algo de esto seguramente llevó a Federico de Onís (1934) a considerar al Modernismo como “la forma hispánica de la crisis universal de las letras y del espíritu que inicia hacia 1885 la disolución del siglo XIX y que se había de manifestar en el arte, la ciencia, la religión, la política y gradualmente en los demás aspectos de la vida entera, con todos los caracteres, por lo tanto, de un hondo cambio histórico cuyo proceso continúa hoy”.

Por todo ello el Modernismo articuló un entramado poético y narrativo original no por nuevo —últimadamente el Modernismo tenía sus grandes modelos en el Simbolismo (h. 1860-1890), el Paranasianismo (h. 1850-1880) y la añeja y sólida tradición española—, sino por transculturar y potenciar exponencialmente las posibilidades éticas y estéticas de los modelos confluentes. Hijos de la modernidad decimonónica, los modernistas encontraron en las publicaciones periódicas, en la *Revista Azul* (1894-1896) y en la *Revista Moderna* (1898-1903) sobre todo (después en la *Revista Moderna de México*), los órganos de expresión que le darán sentido al modernismo mexicano (e hispanoamericano también).

La historia de la literatura mexicana ha privilegiado el estudio de las obras escritas a partir del último tercio del siglo XIX, luego de la caída del Segundo imperio y del desarrollo de la

modernidad burguesa de la mano de la República restaurada (1867-1876) y del porfiriato (1876-1911), al considerar que a partir de entonces la tradición literaria mexicana alcanzó un grado de madurez ética y estética, de dominio técnico, basada en el establecimiento de dinámicas de significación propias. Pese a lo sugerente del planteamiento, considero falaces los criterios de esta demarcación temporal, que le otorgan un protagonismo contundente a la práctica literaria posterior a 1867, así como el panorama poético que sustentan: y es que no sólo va en demérito del reconocimiento de las particularidades del periodo previo, el comprendido entre 1836 y 1867, sino, sobre todo, va en contra del reconocimiento integral de la literatura mexicana decimonona como un proceso escriturario artístico fundacional, perpetuándose así la comprensión fragmentada y/o por superposición de sus etapas y periodos.

Precisamente por ello, buscando presentar una imagen integral de la literatura mexicana decimonona como proceso, van los siguientes artículos a la manera de apuntes que pudieran tomarse en cuenta para cuando se reescriba la historia de la literatura mexicana del siglo XIX, digo parafraseando el título de un artículo de Guillermo Prieto. Y es que la decena de estudios que siguen a esta presentación desarrollan planteamientos, temas y obras con los que se busca recuperar percepciones y resoluciones artísticas que retomando las consideraciones historiográficas previas, al mismo tiempo bosquejen nuevas vías para acerca a comprender y explicar la tradición literaria mexicana del siglo XIX.

